

á Mr. Pickwick y á los demás. Por fin, Mr. Tupman repitió maquinalmente:

—Dodson y Fogg.

—Bardell contra Pickwick — murmuró Mr. Snodgrass con aire distraído.

—La paz del corazón, la felicidad doméstica de alguna mujer sencilla... — murmuró Mr. Winkle con abstracción.

—Es un complot — exclamó Mr. Pickwick recobrando al fin la palabra. — Es un infame complot de esos dos abogados rapaces. Mistress Bardell no hubiera hecho nunca tal cosa; no tiene corazón para esto, ni tiene derecho tampoco. ¡Qué ridiculez!

—En cuanto á su corazón — dijo Mr. Wardle sonriendo, — vos sois seguramente el mejor juez; pero en cuanto á su derecho, os digo, sin que por esto quiera desanimaros, que Dodson y Fogg son mejores jueces que todos nosotros.

—Es una baja tentativa para estafarme algún dinero.

—Lo creo — dijo Mr. Wardle.

—¿Quién ha oído alguna vez hablarme de otro modo que como habla un inquilino á su casero? — continuó Mr. Pickwick con gran vehemencia; — ¿quién me ha visto alguna vez con ella? No, ni aun mis amigos aquí presentes.

—Una sola vez — interrumpió Mr. Tupman.

Mr. Pickwick cambió de color.

—¡Ah! — exclamó Mr. Wardle, — esto es importante; yo no había sospechado nada hasta ahora.

Mr. Tupman lanzó una mirada tímida á su mentor. — Verdaderamente no hay nada de sospechoso, pero no sé cómo ha pasado; él la tenía en sus brazos.

—¡Gran Dios! — exclamó Pickwick, recordando aquella enojosa escena; — ¡es verdad! ¡es verdad! ¡Qué horrible prueba del poder de las circunstancias!

—Y nuestro amigo procuraba consolarla — añadió Mr. Winkle con un poco de malicia.

—Es cierto — dijo Mr. Pickwick, — no lo negaré.

—¡Oh, oh! — exclamó Mr. Wardle, — para un asunto que no tiene nada de sospechoso, esto me parece un poco grave. ¡Eh, Pickwick! ¡Ah! sois un picarón...

Y empezó á reír con tanta fuerza, que los vasos se estremecieron sobre la bandeja.

—¡Qué espantosa reunión de apariencias! — exclamó Mr. Pickwick, apoyando su barba en sus dos manos. — Winkle, Tupman, os suplico que me perdonéis las observaciones que acabo de hacer. Somos todos víctimas de las circunstancias.

Al concluir esta reflexión, Mr. Pickwick ocultaba el rostro entre las manos y se ponía á meditar, mientras

Mr. Wardle dirigía á los otros miembros del Club una serie de guiños maliciosos y señas con la cabeza.

—De cualquier manera que sea — dijo Mr. Pickwick, elevando su obra indignada y dando un golpe en la mesa, — quiero que esto se explique. Veré á ese Dodson y á ese Fogg; iré á Londres mañana.

—No, mañana no, estáis aun muy cojo.

—Pues bien, pasado mañana.

—Pasado mañana es primero de Septiembre y habéis prometido venir con nosotros de caza.

—Pues bien, al otro día, el jueves. ¿Sam?

—Señor.

—Toma dos asientos de imperial en el coche de Londres para el jueves.

—Muy bien, señor.

—Sam Weller partió para ejecutar esta comisión. Tenía las manos en el bolsillo, los ojos fijos en tierra, y andaba lentamente hablando consigo mismo.

—Vaya con mi amo; ¿quién lo diría? Hacer el amor á aquella señora Bardell, una mujer que tiene un chiquillo. Siempre paran en esto los viejos verdes que tienen un aspecto tan honesto. No lo hubiera creído en él.

Y moralizando de este modo, Sam llegó á la oficina de los coches.

CAPITULO XIX

Un día feliz, terminado desgraciadamente

Los pájaros saludaron la mañana del primero de septiembre de 1831 como una de las más agradables de la estación, porque ignoraban felizmente los inmensos preparativos que se hacían para exterminarlos. Más de una joven perdiz, que corría por los prados con toda la graciosa coquetería de la juventud, y más de una perdiz madre, que consideraba aquella coquetería con el aire dosdenoso de un animal sabio y experimentado, ignoraban igualmente el destino que les esperaba, se bañaban en el aire fresco de la mañana con un sentimiento de felicidad y alegría. Algunas horas más tarde, sus cadáveres debían yacer extendidos por tierra. Pero, ¡silencio! ya es tiempo de concluir esta tirada, porque esto se va poniendo sentimental.

Hablando simple y prácticamente, diremos que era

una mañana bella, tan bella, que se hubiera creído difícilmente que habían pasado los rápidos meses del verano inglés. El cielo estaba sin nubes, el sol había salido caliente y brillante, el aire resonaba con el canto de los pájaros y con el zumbido de los insectos, los jardines estaban llenos de flores olorosas: todas estas cosas tenían el sello del estío, y ninguna de sus bellezas se había borrado.

A pesar del encanto de la estación, Mr. Snodgrass se había quedado en casa, y los otros tres pickwickianos habían subido á un coche descubierto, con Mr. Wardle y Mr. Trundle, mientras Sam Weller se colocaba junto al cochero.

Dos horas después el coche se detenía ante una vieja casa, junto al camino. Eran esperados, y encontraron á la puerta, además de dos perros de presa, un guardabosque, alto y seco, con un niño cuyas piernas estaban cubiertas de polainas de cuero. Uno y otro tenían dos sacos de caza á la espalda.

—Decidme — exclamó Mr. Winkle, dirigiéndose á Mr. Wardle; — ¿creen que vamos á matar caza para llenar estos dos sacos?

—¡Llenar esos dos sacos! Llenaréis vos uno y yo otro, y después, cuando estén atestados, nos llenaremos los bolsillos con otro tanto.

Mr. Winkle bajó sin responder nada; pero no pudo menos de pensar que si debían estar al aire libre hasta que se llenaran los dos sacos, sus amigos y él estaban en gran peligro de coger un constipado ó un reumatismo.

—Mis amigos — dijo Mr. Wardle dirigiéndose al guardabosque, — no están acostumbrados á estas cosas. Ya sabéis... no se puede ser de repente cazador. Tendrán buena puntería un día de estos; pido perdón á mi amigo Mr. Winkle; ya tiene alguna costumbre.

Para dar las gracias á este cumplimento, mister Winkle sonrió débilmente, y en su modesta turbación se encontró tan misteriosamente fundido con su fusil, que si éste hubiera estado cargado lo hubiera muerto seguramente.

—Es preciso que no manejeis vuestro fusil de ese modo cuando esté cargado — dijo el guardabosque en tono oficioso, — ó es fácil que dejéis en el sitio á uno de nosotros.

Amonestado de este modo, Mr. Winkle cambió de postura, y en su turbación puso el cañón del fusil en contacto muy íntimo con la cabeza de Sam.

—¡Hola! — gritó Sam, recogiendo su sombrero y frótándose las sienes; — ¡hola, señor! si seguís así, llenaréis uno de los sacos al primer golpe.

Al oír esto, el chico de las polainas de cuero dejó

escapar una carcajada, y se esforzó al mismo tiempo en tomar un aire grave, como si no hubiera sido él el que rió. Mr. Winkle frunció las cejas majestuosamente.

—Martín — preguntó Mr. Wardle, — ¿dónde habéis dicho al chico que nos espere después de comer?

—En la colina de la Encina, á Mediodía.

—¿Eso está en la misma finca?

—No, señor, al lado; es la hacienda del capitán Boldwig; pero no hay nadie que nos incomode.

—Muy bien — dijo el viejo Wardle; — ahora, cuanto más pronto partamos, mejor; os uniréis á nosotros á las doce, Mr. Pickwick.

Mr. Pickwick deseaba ver la caza, principalmente porque sentía algunas inquietudes por la vida y la integridad de los miembros de Mr. Winkle. Además, era triste ver partir á los amigos en una mañana tan bella y no acompañarlos.

Con aire melancólico respondió:

—Pues si es preciso, me quedaré.

—¿Ese caballero no tira? — preguntó el guarda.

—No — respondió Mr. Warle, — y además está un poco cojo.

—Tendré un gran placer en ir con vosotros.

—Hubo un corto silencio de conmiseración.

El chico lo rompió diciendo:

—Hay detrás de aquella cerca un carretoncillo; si el criado del señor quiere pasearlo en carretón por el camino, podrá venir con nosotros.

—Buena idea — dijo Sam Weller, que tenía ganas de ver la cacería; — vamos á buscarlo.

Pero aquí surgió otra dificultad. El guarda protestó resueltamente contra la introducción de una carretilla en una partida de caza, sosteniendo que era una violación de todas las reglas establecidas.

La objeción era fuerte, pero no irrefutable. Lograron convencer al guarda, y al fin la caravana se puso en marcha. Mr. Wardle y el guarda abrían la marcha, Mr. Pickwick en su carretón, empujado por Sam, formaba la retaguardia.

—Para, Sam — exclamó Pickwick cuando atravesaron el primer campo.

—¿Qué hay? — preguntó Mr. Wardle.

—No consentiré en dar un paso más — exclamó muy resuelto Mr. Pickwick, si Mr. Winkle no lleva el fusil de otra manera.

—Y cómo debo llevarlo? — dijo el infeliz Winkle.

—Poned el cañón hacia abajo.

—Eso no da mucha apariencia de cazador — dijo Mr. Winkle.

—Yo no me cuido de tener aire de cazador ó no, pero

no tengo ganas de ser fusilado por el amor de las apariencias.

—Es seguro que así el señor meterá una bala en el cuerpo de uno de nosotros — dijo el hombre alto.

—Bien, bien — continuó el desgraciado Winkle, volviendo boca abajo su fusil; — me es igual.

—Las concesiones mutuas hacen el encanto de la vida — dijo Sam.

La caravana se volvió á poner en marcha; pero no había andado cien pasos, cuando Mr. Pickwick gritó de nuevo:

—¡Alto!

—¿Qué hay otra vez? — preguntó Mr. Wardle.

—El fusil de Mr. Tupman es tan peligroso como el otro, estoy seguro.

—¿Cómo? ¿por qué es peligroso? — exclamó mister Tupman muy alarmado.

—Peligroso si lo lleváis de ese modo. Siento hacer nuevas indicaciones, pero no consiento en moverme de aquí si no bajáis el fusil como Mr. Winkle.

—Creo que haréis bien en ponerlo boca abajo — añadió el guarda, — porque estáis tan expuesto á mataros como á matar á los demás.

Mr. Tupman colocó su fusil en la posición apetecida, y el convoy partió otra vez. De repente los perros se pararon y sus amos hicieron lo mismo.

—¿Qué tenéis en las piernas? — exclamó mister Winkle.

—¡Chitón! — dijo Mr. Wardle; — ¿no veis que se han parado?

—¿Se han parado? — repitió Mr. Winkle mirando en torno suyo, como para buscar la causa que había interrumpido la marcha de los perros; — ¿por qué se paran?

—Atención — murmuró Mr. Wardle, que en el interés de la situación no había entendido la pregunta. — Vamos, pues.

Un violento ruido de alas se oyó tan repentinamente, que Mr. Winkle retrocedió, como si él mismo hubiera tirado. ¡Pam! ¡pam! dos tiros resonaron, y el humo se elevó tranquilamente, describiendo curvas graciosas.

—¿Dónde están? — exclamó Mr. Winkle con gran entusiasmo, y dando vueltas en todas direcciones; — ¿dónde están? decid, ¿cuándo es preciso hacer fuego? ¿dónde están? ¿dónde están?

—Aquí están — dijo Mr. Wardle recogiendo dos pedregales que los perros habían depositado á sus pies.

—¡No, no! hablo de las otras — continuó mister Winkle desorientado.

—Un poco lejos si siguen corriendo así — replicó friamente Mr. Wardle, volviendo á cargar su fusil.

—Creo que encontraremos más dentro de cinco minutos — observó el guarda; — si este señor empieza á tirar ahora, el plomo saldrá del cañón cuando las hagamos levantar.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! — dijo Sam riendo.

—¡Sam! — dijo Mr. Picwick, contrariado por la coacción de su discípulo.

—¿Señor?

—No temas.

—Muy bien, señor — respondió Sam.

Pero para indemnizarse se puso á hacer muecas detrás de la carretilla, para regocijo del chico de las polainas. El inocente joven soltó una carcajada tan ruidosa, que el guarda, que estaba conteniendo la risa, soltó á reír también.

Poco tiempo después, Mr. Wardle dijo á mister Tupman.

—¡Bravo, camarada! Esta vez tiraréis á tiempo.

—Sí, — respondió Tupman con orgullo.

—Para otra vez mataréis alguna cosa.

—Sí, es fácil. ¡Pero cómo se hunde el hombro! Yo creí que iba á caerme por detrás. No pensé que estas pequeñas armas de fuego tuviesen tanta fuerza.

—¡Oh! — dijo el viejo sonriendo, — ya os acostumbráis. Ahora, ¿estamos prontos? ¿cómo va el carretón?

—Va bien, señor — respondió Sam.

—En marcha. Ahora que se quede atrás el carretón.

—Bien, señor — dijo Sam parándose.

—Ahora, Winkle — continuó el viejo, — seguidme, y no os vayáis á quedar atrás.

—No temáis, — dijo Mr. Winkle.

—Silencio ahora, mucho silencio.

Avanzaban silenciosamente, cuando Mr. Winkle, queriendo ejecutar una evolución delicada con su fusil, lo disparó por casualidad en el momento crítico, y la carga fué á parar encima de la cabeza del chico, en el momento mismo en que hubieran estado los sesos del guarda, si se hubiera encontrado en el sitio que ocupaba su sitio.

—En nombre del cielo, ¿por qué habéis hecho fuego? — dijo Mr. Wardle, mientras los pájaros se escapaban aprisa.

—En mi vida he visto una escopeta como esta — dijo el pobre Winkle, mirando la batería, como si esto pudiera remediar alguna cosa; — se dispara sola y que quieras que no.

—¡Ah! se dispara sola — exclamó Mr. Wardle un poco irritado; — ¡quiera Dios que no tengamos aquí una muerte!

—¿Qué queréis decir? — exclamó agriamente mister

Winkle.

—Nada, señor, nada; yo no tengo hijos, y la madre de ese chico recibirá alguna pensión de mi amo si su chico muere en estas tierras; cargad, señor, cargad vuestra arma.

—Quitadle la escopeta — exclamó desde su carro mister Pickwick, horrorizado por las sombrías insinuaciones del guarda; — quitadle la escopeta.

Nadie se atrevió á cumplir este mandato, y mister Winkle, después de haber lanzado una mirada desdeñosa al filósofo, cargó su escopeta y marchó delante con los cazadores.

Nos vemos obligados á decir, siguiendo la autoridad de Mr. Pickwick, que la conducta de Mr. Tupman parecía mucho más prudente y razonable que la de Winkle. Sin embargo, la competencia de éste en materias de ejercicio corporal no es negable; porque desde tiempo inmemorial, como observa muy bien Mr. Pickwick, muchos de los más renombrados filósofos han tenido perfectas luces para la ciencia en materia de teoría, sin que hayan podido hacer cosa alguna en la práctica.

La conducta de Mr. Tupman era extremadamente sencilla. Con la penetración instintiva de un nombre de genio, había notado desde el principio que los dos grandes puntos que había que obtener eran: Primero, descargar la escopeta sin hacerse daño; segundo, descargarla sin perjuicio de los demás. Por lo tanto, cuando hubiera llegado el momento inevitable de hacer fuego, lo mejor era cerrar los ojos y disparar al aire.

Así lo hizo Mr. Tupman, y al abrir los ojos vió una gran perdiz que caía herida en tierra. Ya iba á congratular á Mr. Wardle por su buena puntería, cuando éste se le acercó, y estrechándole calurosamente la mano, le dijo:

—Tupman, habéis escogido esta perdiz entre las demás.

—No, no.

—Sí; lo he notado, os he visto escogerla. He observado que levantasteis el fusil para apuntarla, y puedo decir que el mejor tirador del mundo no lo hubiera hecho mejor. Sois menos novicio de lo que yo creía, Tupman; vos habéis cazado mucho.

En vano protestó Mr. Tupman de lo contrario con una sonrisa de modestia. Su sonrisa sumisa fué tenida por prueba de su modestia, y desde entonces su reputación quedó sólidamente sentada.

Entretanto, mister Winkle se rodeaba de fuego, de ruido y de humo, sin producir ningún resultado positivo. Algunas veces disparaba hacia el cielo, á veces rozando con la tierra, llegando á poner en gran peligro la exis-

tencia de los perros. Su manera de apuntar, considerada como una obra de la fantasía, era extremadamente curiosa y variada; pero en cuanto á los resultados prácticos, era enteramente un *fiasco*.

—¿Qué tal? — dijo Mr. Wardle, acercándose al carrerón y enjugándose el sudor de la frente; — está el día caluroso ¿eh?

—Sí, — respondió Mr. Pickwick, — el sol quema horriblemente. No sé como lo resistís.

—Ya es más de medio día; ¿véis aquella colina verde?

—Sí.

—Pues allá vamos á almorzar. Allí está ya el criado con el cesto, exacto como un reloj.

—Ya lo veo, — dijo Mr. Pickwick, cuyo rostro se animó mucho. — ¡Excelente mozo! Le daré un shilling por su trabajo. Vamos, Sam, arrástrame.

—Manteneos firme, — dijo Sam turbado por la aparición del almuerzo.

Sam partió á paso de carga, arrastrando á su amo hasta la colina verde, y le colocó al centro del almuerzo, que empezó á desempaquetar con gran interés.

—Ternera mechada, — dijo Sam, poniendo los comestibles en orden sobre la hierba; — cosa buena, ternera mechada, sí, cosa buena cuando uno conoce á la *lady* que lo ha hecho, y está seguro de que no es carne de gato; y después de todo, el gato se parece tanto á la ternera, que los mismos pasteleros no conocen la diferencia: lengua, bien; es cosa buena, aunque sea la lengua de una mujer: jamón fresco: vaca asada y tostadas, bien, muy bien; ¿qué hay en estos cántaros, joven?

—Cerveza en este y ponche frío en aquel, — respondió el aldeano, quitándose de encima de los hombros dos grandes botellas, unidas por una cuerda.

—Pues es un almuerzillo bien organizado, — continuó Sam, examinando con gran satisfacción los preparativos: — y ahora, señores, no falta más que empezar.

No fué necesaria una segunda invitación para que la sociedad empezara á hacer justicia á la comida, y no fué tampoco necesario usar de muchas instancias para decidir á Sam, al guarda y á los dos chicos á sentarse sobre la hierba, á poca distancia, y á emprender batalla con una decente porción de las vituallas. Una vieja encima daba agradable sombra á los dos grupos de convidados, mientras delante de ellos se ostentaba un hermoso paisaje.

—¡Qué deliciosa vista! — exclamó Mr. Pickwick, con una expresión de júbilo.

—Sí, es cierto, amigos, — dijo Mr. Wardle; — vamos, un vaso de ponche.

—Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick; y la

expresión radiante de su fisonomía después que habló, manifestaba la sinceridad de sus palabras.

—Otro vaso.

—Venga otro vaso; brindemos, amigos, á la salud de nuestros amigos de Dingley-Dell.

El brindis fué acompañado de grandes aclamaciones.

—Voy á deciros, señores, lo que yo haría para ejercitarme en la puntería, — dijo entonces mister Winkle, que comía pan y jamón; — yo pondría una perdiz embalsamada sobre un poste, y me ejercitaría en tirarle, empezando por una distancia corta, y alejándome poco á poco: es un medio excelente.

—Señor, — dijo Sam, — yo conozco á un caballero que hizo esto, empezando por ponerse á cuatro pies de distancia del blanco; pero no pudo continuar, porque apuntó tan bien al pájaro, que no quedó ni una pluma.

—¡Sam! — dijo Mr. Pickwick.

—Señor.

—Haz el favor de guardar tus anécdotas para cuando te las pidan.

—Bien, señor.

Sam se calló; pero guiñó el ojo con tanta malicia, que los dos chicos cayeron con convulsiones espontáneas, y el mismo guarda empezó á reír también.

—¡Magnífico ponche fresco! — dijo Mr. Pickwick, mirando con ternura la botella, — y hace mucho calor... Tupman, un vaso de ponche.

—Con mil amores, — replicó Mr. Tupman.

Después de haber bebido aquel vaso, mister Pickwick tomó otro, solamente para ver si tenía alguna corteza de limón, porque el limón le hacía daño. Convenciéndose de que no tenía limón, Mr. Pickwick bebió otro vaso á la salud de Mr. Snodgrass; después se creyó en conciencia obligado á proponer un brindis en honor del fabricante anónimo de aquel ponche.

Esta constante sucesión de vasos de ponche produjo un efecto notable en nuestro filósofo. Su fisonomía resplandecía con dulce animación; cediendo por grados á la influencia combinada de aquel licor excitante y del calor, expresó un violento deseo de recordar una canción que había oído en la niñez; pero sus esfuerzos fueron inútiles. Quiso estimular su memoria con otro vaso de ponche, que desgraciadamente produjo en él un efecto enteramente opuesto; porque no contento con olvidar la canción, concluyó por no poder articular una palabra; en vano se levantó para dirigir á la sociedad un elocuente discurso; cayó sobre el carretón, y se durmió casi instantáneamente.

El cesto fué empacquetado de nuevo, pero se encontró que era imposible despertar á Mr. Pickwick. Se discutió

si debía Sam arrastrarlo en el carretón, ó si convenía más dejarlo en aquel sitio, hasta que volvieran sus amigos. Adoptóse, por último, esta determinación, y como la expedición no debía durar más de una hora, y como Sam quería á toda costa acompañarlos, se decidieron á abandonar á Mr. Pickwick en su carreta y á tomarlo á la vuelta. Alejáronse, pues, dejando á nuestro filósofo roncando armoniosamente á la sombra de la vieja encina.

Se puede asegurar con certeza que mister Pickwick hubiera continuado roncando á la sombra de la vieja encina hasta la vuelta de sus amigos, si se le hubiese permitido permanecer en paz en su carreta.

El capitán Boldwig, dueño de la colina verde, era un hombre pequeño y violento, vestido con un redingot azul, abotonado hasta la barba y sobremontado por un cuello negro muy tieso. Cuando paseaba por su propiedad lo hacía en compañía de un enorme róten, de un jardinero y de un subjardinero, que se disputaban á ver cuál recibía con más humildad las órdenes que su amo les daba de la manera más conveniente; porque la hermana de la mujer del capitán se había casado con un marqués, y la casa del capitán era una villa, y su propiedad unas tierras, y todo era en él muy alto, muy poderoso y muy noble.

Mr. Pickwick había dormido una hora escasa, cuando el pequeño capitán, seguido de su escolta, llegó á aquel sitio; cuando estuvo junto á la vieja encina, se detuvo, hinchó los carrillos y sopló con nobleza; miró el paisaje, como si hubiera pensado que debía estar sumamente orgulloso de ser mirado por él; y al fin, dando enfáticamente un golpe con su bastón en el suelo, llamó á su jardinero en jefe.

—¡Hunt! — dijo el capitán Boldwig.

—Señor, — respondió el jardinero.

—Apisona el césped de este sitio mañana mismo; ¿entiendes, Hunt?

—Sí señor.

—Y ten cuidado de que esté aseado este sitio; ¿entiendes, Hunt?

—Sí señor.

—Y acuérdate que es preciso poner aquí un cartel para que nadie se permita pasear por mis tierras; ¿entiendes, Hunt?

—No lo olvidaré, señor.

—Perdón, señor, ¿me permitís...? — dijo el otro jardinero, acercándose sombrero en mano.

—Y bien, Wilkins, ¿qué hay?

—Se me figura que alguien ha entrado hoy aquí.

—¡Cómo! — dijo el capitán, lanzando en torno suyo una mirada feroz.

— Sí señor; y han comido aquí, si no me engaño.
— ¡Maldición! es cierto, — dijo el capitán, viendo sobre el césped las cortezas de pan; — han comido en mis tierras; ¡ah, vagabundos! si los cogiera aquí... — dijo el capitán empuñando y enarbolando su bastón.

— Perdonadme, señor, pero...

— ¿Pero qué? — vociferó el capitán.

Y siguiendo la mirada tímida de Wilkins, sus ojos encontraron el carretón y á Mr. Pickwick.

— ¿Quién eres tú, bribón? — exclamó el capitán, dándole golpes con el bastón; — ¿cómo te llamas?

— Ponche... — murmuró el hombre inmortal, y se volvió á dormir inmediatamente.

— ¿Cómo? — preguntó el capitán Boldwig.

No se oyó respuesta.

— ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

— Ponche, señor, si no me engaño.

— ¡Es un imprudente! ¡un miserable! está fingiéndose el dormido, — dijo el capitán con furor; — es un borracho; llevadle, Wilkins, sacadle de aquí inmediatamente, en seguida.

— ¿A dónde le arrastro? — preguntó Wilkins con gran timidez.

— Llévalo á todos los demonios.

— Muy bien, señor.

— Espera, — dijo el capitán.

Wilkins se detuvo bruscamente.

— Llévale á la *furriela* y veremos si se llama también Ponche cuando despierte. No se reirá de mí, no.

Mr. Pickwick fué sacado en virtud de esta orden, y el capitán, henchido de indignación, continuó su paseo.

El estupor de nuestros cazadores fué grande cuando vieron á su vuelta que Mr. Pickwick había desaparecido, llevándose el carretón consigo. Era una cosa misteriosa é inesplicable; que un cojo echara á andar y desapareciera, era ya cosa extraordinaria; pero que este cojo se llevara consigo un pesado carretoncillo, era cosa milagrosa. Buscaron por todas partes, en todos los rincones, en todos los matorrales, y gritaron, silbaron, rieron, llamaron y no obtuvieron resultado alguno. Era imposible encontrar á Mr. Pickwick. Por último, después de muchas horas de investigaciones inútiles, llegaron á la penosa deducción de que era preciso marcharse sin él.

Entre tanto nuestro filósofo, profundamente adormecido en su carro, había sido llevado y depositado cuidadosamente en la *furriela* del pueblo, en compañía de algunos animales inmundos; todos los pilluelos del pueblo y las tres cuartas partes de los habitantes se reunieron en torno suyo para esperar á que despertase. Si su satisfacción había sido inmensa al verle rodar, no tuvo límites

cuando después de haber articulado confusamente algunas voces llamando á Sam, se sentó en el carretón y contempló con indecible estupor los alegres rostros que le rodeaban.

Resonaron gritos estrepitosos, que fueron la señal de su despertar; y cuando preguntó maquinalmente ¿qué hay? los gritos fueron más violentos y burlones aún.

— ¿Dónde estoy? — preguntó Mr. Pickwick.

— En la *furriela*, — vociferó la canalla.

— ¿Cómo he venido aquí? ¿dónde estoy? ¿qué he hecho?

— ¡Boldwig, el capitán Boldwig! — dijeron todos riendo.

— ¡Sacadme de aquí! — gritó Mr. Pickwick; — ¿dónde está mi criado? ¿dónde están mis amigos?

— No tener amigos, — clamó la multitud.

Y como en corroboración de este hecho, mister Pickwick recibió en su carretón un nabo, después una patata, después un huevo y algunas ligeras pruebas del buen humor del pueblo.

Nadie puede decir cuánto hubiera durado esta escena ni cuánto hubiera sufrido mister Pickwick, si de repente, un coche que rodaba por el camino, no se hubiera detenido en aquel sitio. El viejo Wardle y Sam Weller salieron de él; y en menos tiempo del que es necesario para escribirlo, el primero había libertado á Mr. Pickwick y le había colocado en el coche, mientras el segundo emprendía un combate singular con el alguacil del pueblo.

— ¡Id á casa del juez, — gritaron muchas voces.

— Si, id allá, — dijo Sam, saltando al asiento del coche; — dadle memorias de mi parte, de parte de mister Weller; decidle que ha castigado á su alguacil, y que si tiene otro, que lo tenga pronto para cuando yo venga.

Cuando el coche salió del pueblo, Mr. Pickwick respiró con fuerza, y dijo:

— En cuanto llegue á Londres, demandaré al capitán Boldwig por detención ilegal.

— Parece que no estamos de acuerdo.

— Es igual, lo demandaré.

— No lo demandaréis.

— Si lo demandaré, por...

Mr. Pickwick se detuvo, notando la expresión de sarcallería que se pintaba en el rostro de Mr. Wardle.

— ¿Y por qué no he de hacerlo? — continuó.

— Porque, — dijo riendo mister Wardle, — porque podía dirigirse á alguno de nosotros, y decir que habíamos tomado mucho ponche frío.

Mr. Pickwick no pudo menos de sonreír, y por grandes su sonrisa aumentó y se convirtió en carcajada; al fin esta risa contagiosa fué repetida por todos. Para te-

mentar aquel buen humor, nuestros amigos se detuvieron en la primera taberna que encontraron en el camino: hicieron servirse un vaso de aguardiente para cada uno, pero tuvieron cuidado de administrar a Sam Weller una dosis extraordinaria.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

FIN DEL TOMO PRIMERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Aprob. 1828 MONTERREY, MEXICO

